

## La pasión por los coches en el siglo XVII y su reflejo cómico en los entremeses barrocos

Casi de modo unánime admite la crítica literaria el hecho de que la pintura de la sociedad coetánea, sus costumbres, tipos y formas de expresión son un componente fundamental de los entremeses. Bien entendido que hay otras cosas y que, además, el reflejo que se hace de la realidad en esta modalidad literaria de teatro cómico no tiene pretensión alguna de ser radicalmente verista. Además, parece innecesario mencionar, por evidente, que no es coincidente la lógica de la realidad "real" y la de la "realidad" literaria. Entendiendo, pues, que existen relaciones entre la literatura y la realidad en que se apoya, y entendiendo, también, que existe una diferente lógica en la realidad y en la obra literaria, hay que admitir que esas relaciones serán en gran medida indirectas u oblicuas, exigiendo por ello un mayor esfuerzo interpretativo por parte del estudioso que pretenda valorarlas.

Afirma H. E. Bergman en su estudio sobre los entremeses de Quiñones de Benavente que, "en un sentido amplio, puede afirmarse que todo su teatro es costumbrista, en cuanto refleja y comenta las costumbres del día"<sup>1</sup>. Y no se trata de que podamos leer entre líneas, o de que podamos inducir a partir de determi-

---

(1) *Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses*, Castalia, Madrid, 1965, pág. 81.

nados hechos o dichos de las figuras del entremés las costumbres o los cuadros de la vida diaria de los españoles de la época. Tenemos un buen número de entremeses, y no sólo de Quiñones de Benavente, que utilizan como motivo central precisamente alguna de esas costumbres: fiestas, diversiones, juegos, etc. La estudiosa antes mencionada plantea así la abundante presencia de estos ingredientes en la obra del ilustre entremesista:

Descriptiva y de fiesta, es una de las mejores piezas atribuidas a Benavente, *La muestra de los carros*. Dos damas que, por no madrugar, han perdido la oportunidad de presenciar la "muestra" de los autos del Corpus, discurren sobre las ventajas y desventajas de asistir a tal función, dándonos un cuadro animadísimo de los trasnochadores impacientes que aguardan ya desde el día anterior delante del teatro... La técnica narrativa se combina con la dramática en *El abadejillo*. Una tarde de carnaval cuatro mujeres charlan sobre los entretenimientos propios de la temporada, dividiendo los reservados para señores y caballeros, de los gustados por la gente plebeya y los niños... La misma forma dramática en *Los gallos*, donde salen el maestro, los niños y un cómico vestido de gallo para remedar en el baile la corrida de gallos. La corrida de toros se trata en *Los toros*, en modo dramático, *La maya*, en el entremés de este título...

La pasión por los naipes, que debió de ser general en el Siglo de Oro, la encarna un tahur de *El juego del Hombre*, el cual describe en detalle un partido de hombre (juego parecido al tresillo) en que acaba de perder su caudal. La pasión femenina por andar en coches es el núcleo de *Los coches*. La manera de organizar la servidumbre de una casa noble se explica en *El mayordomo*; ofrecen más datos sobre la vida del tinelo *Las calles de Madrid* y *Los testimonios de los criados*. Hasta la infrasociedad tiene sus reglas y normas de conducta, y expuestas en parodia de instituciones nobles (*Los gorriones*, *Las damas de vellón*)<sup>2</sup>.

---

(2) *Ibidem*, págs. 81-83. Igualmente Recoules comenta e ilustra los llamados temas costumbristas de los entremeses españoles del siglo XVII en los siguientes términos: ...Il est évident que nous retrouvons l'époque dans presque toutes les pièces intermédiaires mais dans celles que nous allons citer, l'évocation est plus forte et peut être considérée comme le plus grand intérêt de ces oeuvres: *El rufián viudo...* (1615): la vie de la pègre; *La elección de los alcaldes de Daganzo* (1615): le milieu villageois; *La cárcel de Sevilla* (1616): la pègre en prison; *El triunfo de los coches* (1617): la passion des femmes pour les coches; *El busca oficios* (1620): des types d'individus plus particuliers à l'épo-

El reflejo de costumbres, modas u otros aspectos de la sociedad barroca es, como puede deducirse de la simple mención de los títulos de los entremeses, muy diverso y desigual al tiempo que abundantísimo.

Nosotros vamos a referirnos con más detenimiento a una de esas costumbres, e intentaremos valorar el reflejo cómico que el entremés hace de dicha costumbre. Posiblemente ello nos permita sacar algún tipo de conclusión respecto a la sociología de esta literatura entremesil y al grado de implicación social de una modalidad literaria que, como sucede en este caso, se compone con unos objetivos y una funcionalidad muy precisos.

La pasión por los coches, el extraordinario éxito que alcanzan carruajes y coches, es una de las notas características de la sociedad española en gran parte de los siglos XVI y XVII. Documentos de muy diverso tipo y que van desde escritos cos-

---

que; *Los mirones* (1620): quelques aspect de l'époque; *Las aventuras en la Corte* (1622): tableau de moeurs; *El Prado de Madrid...* (1635): scène "costumbrista"; *El Padrazo y las Hijazas* (1635): tableau de moeurs; *La venta* (1635): scène d'auberge; *Los coches* (1635): trait "costumbrista"; *La casa del juego* (1640): le jeu; *La escuela de danzar* (1640): les danses; *Los sirvientes de Madrid* (1640): une classe de la société; *El alcalde de sacas* (1643): une scène d'auberge et des types particuliers à l'époque; *El aceitunero* (1643): une scène de rue; *El mundo al revés* (1643): tableau "costumbrista"; *El barbero* (1643): scène de rue et de boutique au XVIIe siècle; *El alcaldillo* (1643): évocation de types particuliers au XVIIe siècle; *La venta de Viveros* (1643): une scène d'auberge et des types particuliers à l'époque; *La Muestra de los carros* (1644): évocation des fêtes du Corpus; *Las civilidades* (1645): la langue du XVIIe siècle et ses expressions populaires; *El guardainfante* (1645): la mode; *El casamiento de la Calle Mayor con el Prado Viejo* (1645): les rues de Madrid et leurs particularités; *Las manos y cuajares* (1645): une scène de rue; *El abadejillo* (1645): évocation de Carnaval; *La Sierra Morena de las mujeres* (1657): femmes de Madrid du XVIIe siècle; *Villalpando* (1658): une scène d'auberge; *El juego de los naipes* (1660): les jeux de cartes; *El figonero* (1661): scène d'auberge; *La Plazuela de Santa Cruz* (1661): une évocation colorée de ce lieu de Madrid; *El barbero* (1663): des événements historiques et leurs conséquences; *Lo que es Madrid* (1663): évocation de la capital; *La estafeta* (1664): un événement dans la vie de chaque jour à Madrid; le courrier; *Las calles de Madrid* (1668): les rues de Madrid; *El ensayo* (1668): une répétition théâtrale; *La plaza (Migajas)*: un lieu de Madrid; *La Vispera de Pascua* (1676): une époque précise de l'année dans la rue et au marché; *Las vendedoras de la Puerta del Rastro* (1697): un lieu de Madrid; *Las baladrones* (1697): la pègre et ses querelles. (*Les intermèdes des collections imprimées*, Lille, 1973, pp. 473-4.)

tumbristas o satíricos a reflexiones de tipo político o pragmáticas reales se refieren con machacona insistencia a este hecho. Nosotros pretendemos presentar algunas muestras de esta variedad de reflejos que dicha costumbre propició. Posteriormente, y utilizando varios entremeses de diversos momentos y autores, comentaremos la presencia en dichas obras de un hecho social que ocupó y preocupó a muchos españoles que vivieron en el Siglo de Oro.

Estudiando la literatura picaresca y sus relaciones con la realidad social del momento, se refiere Maravall al surgimiento de esta moda y también a algunas de las implicaciones que su uso multitudinario va a ocasionar:

En la ciudad, por cuyas calles se arrastran como orugas o brincan como langostas, según la despiadada comparación de Carlos V, ganapanes y pícaros comiendo de lo que pillan, han empezado a transitar con mucho empaque unos armatostes, antes no usados para los paseos de la gente principal de la sociedad urbana y ahora cada día más difundidos a este objeto: los coches. Ciertamente que los individuos de procedencia nobiliaria, fieles a aquello que dio nombre a los miembros de su grupo y a la cultura que representan, seguirán, por lo menos de jóvenes, fieles al caballo, y éste conservará su valor de símbolo distinguido de la sociedad caballeresca. Pero cada día son más los que aceptan el coche como muestra de su relevante condición; cada día más, el coche, que admite fastuosamente el empleo de varios caballos y una rica ornamentación, se irá imponiendo como instrumento de ostentación<sup>3</sup>.

El uso generalizado de coches en algunas ciudades españolas es un hecho que, en opinión de algunos historiadores como Carande, se produce después del reinado de Carlos V, y no se trataría de un hecho exclusivo de la sociedad española, pues en esa época sucede algo similar en Francia o en Inglaterra<sup>4</sup>.

A pesar de los ingredientes caricaturescos con que Juan de Zabaleta suele presentarnos algunos cuadros costumbristas de la época sabemos que utiliza como motivos para sus reflexiones

(3) *La literatura picaresca desde la historia social*, Taurus, Madrid, 1985, pág. 583.

(4) *Carlos V y sus banqueros*, cit. por Maravall en *La literatura picaresca*, pág. 584.

hechos o costumbres con alguna importancia y vigencia en su época<sup>5</sup>. Citaremos a continuación algunos fragmentos en los que, con indudable tono satírico, se refiere al uso de los coches, a la pasión con que muchas mujeres aspiran a poder pasearse en alguno o a los apuros que algún galán pasa para poder complacer a su enamorada en su capricho cocheril. El pasaje en que Zabaleta se refiere con mayor detenimiento a esta cuestión es el que dedica a la romería de Santiago el Verde, en *El día de fiesta por la tarde* (Cap. VII). Se trataba de una celebración que tenía lugar el 1 de mayo y en la que se visitaba una ermita consagrada a San Felipe y Santiago, situada en un paraje llamado El Sotillo, entre La Puerta de Toledo y el portillo de Embajadores<sup>6</sup>. Se trata de una romería muy popular y que aparecerá también con frecuencia en la literatura española de la época (Lope, Calderón, Rojas, etc.). Entresacamos pues, algunos fragmentos en los que el autor se refiere más específicamente al asunto de los coches:

Llega la noche del último día de abril, y no duerme al derechos el galán que ha de dar coche a su dama al día siguiente, téngale propio o no le tenga. El que le tiene propio hizo herrar las mulas aquella tarde, acostóse, temiendo no le hubiesen clavado alguna, y durmió cojeando. El que no le tiene propio, sino ofrecido, se acuesta temblando de tantos accidentes como se llevan una palabra, y el ruido que hace el coche en su sueño le despierta aquella noche treinta veces. Siempre se sueña lo que se teme. Enfermedad es de la noche lo que inquieta de día.

...

Por la Puerta de Valencia baja esta tarde otro hormigueo de coches. A ver los que van en ellos bajan algunas personas de las que ni se atreven al cansancio ni pueden sufrir la inquietud que mete en las casas la fiesta que hay fuera de ellas. Siéntanse por las angostas sombras que hacen las

---

(5) Cristóbal Cuevas en la introducción que hace a su edición de *El día de fiesta* (Castalia, 1983) se refiere a lo que de lección moral tiene esta obra: "El día de fiesta es un libro esencialmente didáctico, donde el cuadro satírico de costumbres se hipertrofia con el fin de hacer más clara y amena la lección moral" (pág. 41).

(6) José Deleito en ...*También se divierte el pueblo*, Espasa Calpe, Madrid, 1954, págs. 35 y siguientes.

encogidas paredes de aquellas pobres casas algunas mujeres, y junto a ellas se paran algunos hombres. Hablan unos con otros, y de cuando en cuando ellos con ellas. Ven venir una mujer al estribo de un coche, sentada al sesgo, ni bien toda la cara a la calle, ni bien adentro toda. Si no tuviera movimiento, era un medio perfil; con él es veleta cabal, flechando, a su parecer, con los ojos todos los vientos y los corazones. Llevaba fuera del estribo media vara de guardainfante cubierto con una basquiña de chamelote de aguas, que es muy dificultosa de recoger la vanidad. Cuando ofrece al pueblo la espalda es una sierra de nieve; cuando ofrece el rostro, una aurora. Pues no ha cuatro horas que ni era nieve su espalda, ni aurora su rostro, pero no hay mejor colorido en España que el de sus botas.

...

No pueden todos los coches salir de una vez por la Puerta, y páranse uno para que salgan otros. Párase el de nuestra dama, y dice una de las mujeres mironas a otra que estaba junto a ella:

-¿No es aquella fulanilla?

-Sí, amiga, y está en grande altura<sup>7</sup>.

---

(7) Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*, cit., págs. 399-417. Se cuenta por parte del autor, como ejemplo ilustrativo lo que acontece entre un joven y su tío por el asunto de tener que compartir coche:

"Haciéndose pedazos andan el primer día de mayo por la mañana los que han de dar coche a alguna dama a la tarde. Por el suceso siguiente se verá cuáles andan. En la calle del Príncipe posaba un caballero de Burgos que gozaba cumplido mayorazgo. Éste había ofrecido su coche para el Sotillo a una dama que galanteaba. El mismo día, a la una, llegó a su posada a caballo el corregidor de Madrid, que era su tío, y sin apearse, le envió a llamar. Él salió, y el corregidor le dijo:

-Sobrino, yo he menester dar un coche esta tarde, y no le tengo, porque en el mío va mi mujer. Tan grande es el empeño, que será menor cualquier razón que haya para no dármelo, y así, el de v.m. esté esta tarde, a las tres, a la puerta de mi casa. Adiós, que es día muy ocupado.

Fuese, y quedó el hombre en el umbral de la puerta tan sin movimiento y sin voz como si fuera de piedra. Cobróse un poco y díjole a un criado, con voz desagrada, que, en comiendo las mulas, llevasen el coche a la puerta de su tío, y entróse en su cuarto. En él tomó la espada como fuera de sí. Cogió la calle de la Lechuga, que estaba enfrente, pareciéndole que hombre a quien sucedía aquel desaire no podía andar por calles en que hubiese luz. Entróse luego por la del Gato, también calleja, y salió sin saber dónde iba, a la plazuela de el Ángel. Como era mediodía, estaban a las puertas principales algunos coches sin mulas, y entre ellos uno con una cédula, señal de que se vendía. Reparólo el hombre, crecieronle

Por más que queramos ver exageraciones caricaturescas en estos textos de Juan de Zabaleta, que indudablemente las hay, habremos de considerar que en alguna medida la propia presentación caricaturesca se apoyará en un hecho real importante, y que precisamente en esa referencia a la realidad descansará gran parte de la comicidad caricaturesca presente en *El día de fiesta*.

Llegó a ser tal el número de coches existente en algunas ciudades que las mismas autoridades administrativas decidieron reglamentar con severidad su uso y, como Maravall refiere en *La literatura picaresca desde la historia social*, para poder hacer uso de este medio de transporte o diversión era necesario cursar una petición a la administración real y pagar los derechos correspondientes:

era competente en ello la Cámara de Castilla, que concedía autorizaciones, no siempre con limpio proceder, a profesionales, titulares de cátedras universitarias, regidores, y ese derecho concedido podía serlo sólo

un tercio los ojos, partió como una flecha al coche, informóse de la cédula de la persona con quien había de tratar de la compra, y encontróla fácilmente, porque la hora la tenía en casa. Empezóse a hablar de la materia, y el dueño del coche le conoció la enfermedad al burgalés y pensó en vendérsele como si le vendiera la salud. Hizo el comprador que sacasen las mulas al patio, más por ver si estaban vivas que por ver si eran buenas. Concertó, en fin, el coche lo más apriesa que pudo, porque no se arrepintiese el dueño de venderle aquel día, y concertóle en setecientos ducados de contado... Hízole poner, y con la persona que había de recibir el dinero se fue en él a su posada. Sacaron cuanto dinero suyo había en ella, que fueron seis mil reales, y por los mil y setecientos que faltaban dio una sortija de diamantes en prendas, a quitar el día siguiente. Nadie ha cogido de repente una corona con tanto gusto como él estaba con su coche repentino. Enviósele a la dama, y vino por él el coche de los amigos que le habían de llevar a la fiesta. Encontró en el campo a su dama. Ella le hacía con los ojos halagos, y él echaba el corazón por los ojos. Anocheció, pasóse a un estribo del coche en que ella iba, y acompañóla. Amaneció el día dos de mayo y hallóse con dos coches y sin blanca. Fue preciso vender con mucha brevedad el uno, porque los estómagos son acreedores muy puntuales. Sacó el más moderno a la puerta de Guadalajara y despachólo presto. En cosa comprada con necesidad y vendida con necesidad bien se conoce cuál sería la compra y cuál sería la venta. Él compró el coche en mucho más de lo que valía, y le vendió en mucho menos de lo que valía. Diólo en doscientos y cincuenta ducados. ¡Oh gallardía española! Dar por el alquiler de un coche de sola una tarde cuatro mil novecientos cincuenta reales".

para el cabeza de familia, o también para su esposa o podía extenderse a otros miembros de la familia, y se llegó a distinguir si tenía que ir tirado forzosamente por caballos o podían usarse mulas, así como el número de animales uncidos al tiro. Se comprende que con toda esta escala, un coche al servicio de un joven con aire de hijo de familia tirado por caballos, venía a resultar una prueba de distinción muy firme<sup>8</sup>.

Siendo el coche un símbolo de distinción social podemos entender y explicar el hecho de que gentes que no pertenecían a la clase noble o aristocrática quisieran, al menos en la apariencia, equipararse a los primeros con el consiguiente disgusto por parte de éstos. Apoyándose en la obra de Francisco Santos, *Las tarascas de Madrid*, se refiere Maravall a la irritación con que las gentes importantes reciben la prohibición de circular coches por la calle en la tarde del Jueves Santo y la mañana del Viernes Santo. Y precisamente por ello, el cambio de Madrid es tal que, reproduciendo las palabras de F. Santos

... entonces parece otro mundo Madrid, como goza de sosiego; pero los poderosos sienten mucho este tiempo, por parecerles que se iguala con ellos el pobre... veinticuatro horas de abstención de coche se siente tanto en Madrid<sup>9</sup>.

Una de las medidas que las autoridades utilizan para intentar limitar el número de coches en circulación es la de imponer tal número de exigencias a quienes deseen seguir utilizándolo, que, si no poseen una considerable fortuna, el uso de este lujo podrá llevarlos a la ruina. En tiempos de Felipe IV, concretamente el 28 de octubre de 1622, se ordena por parte del Monarca que únicamente podrán usarse coches tirados por cuatro caballos, y si se quiere hacer uso de él con menos animales de tiro será necesario un permiso especial<sup>10</sup>. En el Memorial que el Conde Duque de Olivares dirige al Rey durante el verano de 1637, se hacen observaciones tales como las siguientes:

---

(8) Ob. cit., pág. 585.

(9) Idem, pág. 584.

(10) Lo recoge en la misma obra Maravall, pág. 584.



... El uso de los coches, sin duda, es dañosísimo... el abuso es grande y se conoce y por ventura ninguno de tan graves inconvenientes para las ofensas de Dios, para la agitación de los hombres y para ahorro de la hacienda cuando es tanto lo que es menester gastar<sup>11</sup>.

Esas referencias a "ofensas de Dios" o "agitación de los hombres" muestran que los problemas o peligros que conllevaba el uso de los coches no se referían exclusivamente al tráfico o al ajetreo que ocasionaban en las calles de Madrid o a las penurias económicas que acarrea a algunas familias con pretensiones de ostentación por encima de sus posibilidades. Otro tipo de problemas parecen preocupar más a la hora de referirse a los que en el *Entremés de la Capeadora* (2ª parte) de Quiñones de Benavente se denominan "coches infinitos". Para muchos moralistas de la época el coche era una especie de antesala del infierno, donde podían tener cabida todo tipo de situaciones pecaminosas. Parafraseando y comentando afirmaciones de Francisco Santos se refiere a esta cuestión J. A. Maravall en los siguientes términos:

... Sobre las formas de engaño y de inmoralidad que hacen posible y que se difunden, ocultándose bajo esa imposibilidad de contener el anhelo de presentarse públicamente en coche, escribe algunas páginas F. Santos en *El no importa de España*; en otro lugar advierte sobre los graves pecados de carácter sexual que en su interior se cometen, y así "navegan muchos que tienen coche en el cenagoso charco de la culpa" y de esa manera, "desde el coche se pasan al infierno, en tanto grado que los enredadores procuran echar coche, ruando a menudo", con envidia de los hombres y admiración de las mujeres. Del coche, insiste en decirnos, "alcahuete infame del mundo", se puede decir que no ha inventado nada tan condenable el infierno; de ello, añade "al Prado doy por testigo, pues apenas oye una liviana mujer que la convidan con una alhaja tan de su gusto cuando la admite...; y conozco en Madrid más de cuatro mil y quinientas mujeres en quien ha entrado tanto la vanidad, después que las galas y adornos las sacó de fregonas, que si no han de salir fuera envían donde saben por el coche, con que se convidan a la paga del emprésta-

---

(11) "Memorial al rey Felipe IV", en *Memoriales y Cartas*, ed. de J. E. Elliot y F. de la Peña, Madrid, 1981.

mo". Militarmente, porque hacen abandonar el uso del caballo; fiscalmente, porque facilita el contrabando interno; económicamente, por el desordenado gasto que ocasiona; políticamente, porque encubre agitaciones y conspiraciones; moralmente, porque oculta un sinfín de deshonestidades, el coche es una invención dañina, pero su atractivo es tal que toda la gente lo posee y constituye así un recurso frecuente de la picaresca para la usurpación ostentadora<sup>12</sup>.

Consideramos que estas referencias pueden ser suficientes para mostrar un hecho: existe una extraordinaria pasión por los coches en buena parte de los españoles de los siglos XVI y XVII. El que el coche en la España de estos momentos es algo más que un medio de transporte, parece un hecho claro.

Teniendo, pues, en cuenta la importancia y las repercusiones sociales que se derivan de esta moda de los coches así como las posibilidades cómicas que el motivo encerraba, podemos considerar lógico el que aparezcan frecuentes referencias en los entremeses, al igual que en otras manifestaciones literarias, hacia ese asunto y también el que se constituya el motivo central de algunas de estas piezas de teatro cómico. No será sólo el género entremesil quien se haga eco de esta costumbre. La novela picaresca, y los grandes autores barrocos (Lope, Tirso, Quevedo, Ruiz de Alarcón, etc.) harán frecuentes alusiones en algunas de sus obras<sup>13</sup>.

Nosotros intentaremos a continuación, y a la luz de estos datos, valorar la presencia y el tratamiento literario que el entremés hace de este hecho social de la España barroca.

Puede resultar ilustrativo el tratamiento que Cervantes hace del motivo de los coches en *El Vizcaíno fingido*<sup>14</sup> y al mismo tiempo nos puede permitir iniciar el segundo apartado de

---

(12) *La literatura picaresca desde la historia social*, cit. págs., 586-587.

(13) En la obra tantas veces citada de J. A. Maravall se mencionan algunos ejemplos. Págs. 587-590.

(14) *Colección de entremeses, bailes, loas, jácaras y mojigangas*. Madrid, NBAE, 2 vols. nº 5.

nuestra reflexión relativo a la presencia de tan extendida costumbre en la literatura entremesil. Nos presenta el autor a los dos personajes femeninos de la pieza, Cristina y Brígida, en un curioso y cómico diálogo. Brígida acude desfavorida y fuera de sí ante su amiga Cristina y, mediante la técnica de la dilación, aquélla va retardando la respuesta que, cada vez con más apremio, su amiga le solicita. Al final se descubre que la ocasión de tal nerviosismo es que han prohibido el uso de los coches. Aparecen también algunas referencias de interés sobre la conflictividad en el uso de los coches. Cotarelo, y pude ser un dato importante, da como fecha "casi segura" de este entremés cervantino el año 1611. Transcribimos parte del diálogo:

CRISTINA.- ¡Jesús!, ¿qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma a su Hacedor?

BRÍGIDA.- Doña Cristina, amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. ¡Dios sea conmigo; confesión a toda priesa!

CRISTINA.- ¿Qué es esto? ¡Desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre o de que viene tu marido, o hante robado tus joyas?

...

Acaba por tu vida, amiga, y dime lo que te ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRÍGIDA.- ¡Y cómo si tendrás parte, y mucha, si eres discreta, como lo eres! Has de saber hermana, que viniendo agora a verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente estaba un pregonero pregonando que quitaban los coches, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

...

BRÍGIDA.- ¡Ay, Cristina!, no me digas eso. ¡Qué linda cosa es ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte a

parte, dando rostro a quien y como y cuando quería! Y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban y me veía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRISTINA.- ¿Veis, doña Brígida, cómo tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos a nosotras el pecado de la vanagloria?...<sup>15</sup>.

Alguno de los rasgos que utiliza el entremés en el desarrollo cómico del motivo de los coches coincide con la presentación caricaturesca que Zabaleta hacía en los textos anteriormente mencionados. Así, el deseo de poseer o disponer de un coche se convierte en verdadera obsesión para alguna de las figuras femeninas del entremés. Eso sucede precisamente con doña Hipólita en *El triunfo de los coches* de Barrionuevo<sup>16</sup>. Aparece en esta pieza un casamentero de nombre Montanches que recibe en su ridícula "consulta" a algunos clientes. Uno de ellos es la mencionada doña Hipólita cuya pretensión es casarse a toda costa con alguien que tenga coche. Y no cederá en su pretensión ante inconvenientes tales como que el pretendiente sea viejo, jorobado, achacoso, gotoso, etc. No le parece a la mujer una petición irracional y así se lo razona al casamentero en el diálogo siguiente:

MONTANCHES.- Con el dueño se casaría vuestra merced, que con el coche era disparate.

HIPÓLITA.- Señor, ¿no se casan ellos con las haciendas? Pues nosotras nos casamos con los coches<sup>17</sup>.

Además, la petición de la mujer no sería tan descabellada si tenemos en cuenta que el coche es donde ella piensa pasar la mayor parte de su tiempo:

(15) *Ibidem*, pág. 23 a-b.

(16) *Ibidem*, Cotarelo da la fecha de 1617 correspondiente a la Octava parte de las Comedias de Lope de Vega.

(17) *Ibidem*, pág. 211 a.

HIPÓLITA.- ... Yo salgo de casa por la mañana a las ocho y vuelvo a las doce a comer; estoy en casa hasta las dos, que son dos horas, y luego vuelvo a salir en él y vengo a las ocho o más tarde; y cenar y acostar quiero que se pasen dos horas, y una en conversación en la cama antes que nos durmamos, que vienen a ser siete horas que estoy en la cama y diez y siete que ando en el coche, que vienen a ser las veinticuatro horas cabales<sup>18</sup>.

La obsesión que por los coches siente doña Hipólita se presenta cómicamente con un "lapsus" delatador que ella misma sufre al comienzo de la entrevista con el casamentero. Ella está justificando la causa de la visita y, entre otras cosas, dice:

... y desde que mis padres murieron estoy en casa de unos parientes míos, y descuidanse en casarme, quizá por heredarme; y por que no se vean en tal gozo, que-rría de vuesa merced me buscase un coche.

MONTANCHES.- ¿Un coche?

HIPÓLITA.- Digo un marido que sea honrado y de buenas partes<sup>19</sup>.

Esta misma obsesión femenina es caricaturizada en otros entremeses. Así sucede, por ejemplo, en *El Comisario contra los malos gustos* de Jerónimo de Salas Barbadillo<sup>20</sup>. Entre el comisario Alejandro, el Alguacil y la mujer apasionada de los coches se establece el siguiente diálogo:

ALGUACIL.- Una cochera traigo.

ALEJANDRO.- ¿Cómo, hermano?

ALGUACIL.- Una mujer, señor, decir debiera:  
mas es tan dada a coche, que es cochera:  
así el lugar la llama por mal nombre.

(18) *Ibidem*, pág. 213 a. Como indica Cotarelo a pie de página no salen las cuentas tal como las hace D<sup>a</sup> Hipólita. El autor podría querer presentar así un elemento más de comicidad o recargar la caracterización de manía y ceguera que la mujer tiene cuando habla de los coches.

(19) *Ibidem*, pág. 210 b.

(20) *Ibidem*, n<sup>o</sup> 67.

- COCHERA.- Por el bueno diréis, ministro malo;  
no tengo yo más gusto ni regalo.  
En coche me engendró la madre mía,  
y si a ser natural se vuelve todo,  
que mucho, sí, a querelle me acomodo.
- ALEJANDRO.- Decidnos vuestro gusto.
- COCHERA.- Coche, coche:  
el coche pido a Dios de cada día,  
como otras el pan<sup>21</sup>.

Cuando en el entremés de Benavente, *Los coches*, unas mujeres rivalizan y discuten por su belleza para conseguir conquistar a don Vinoso, hay un momento en que el pretendido pronuncia la palabra mágica "coche", con sola su mención conseguirá cautivar a las mujeres:

- QUITERIA.- ¿Coche? Sonóme.
- ALDORZA.- ¡Coche!, ¡qué gran vocablo!
- JUANA.- ¡Dulce hechizo!
- ...
- QUITERIA.- Ahora bien, en oyendo lo de coche,  
nos pusimos más blandas que manteca:  
que en tentación cochil toda hembra peca<sup>22</sup>.

La exageración caricaturesca en la presentación del gusto femenino por los coches es, pues, uno de los recursos utilizados por los entremesistas. Las posibilidades cómicas del recurso son innegables. En cuanto a lo que pudieran tener de sátira de una costumbre o moda atacada también desde otros frentes, diremos algo en las conclusiones de este mismo apartado.

En gran parte de los entremeses que giran en torno al motivo de los coches (*El Vizcaíno fingido* de Cervantes, *El triunfo de los coches* de Barrionuevo, *La Condesa* de Juan de Alarcón, *El*

(21) *Ibidem*, pág. 265 a.

(22) *Ibidem*, págs. 654 b y 655 a.

*Busca Oficios* y *El Comisario contra los malos gustos* de Salas Barbadillo, *Los coches de Sevilla* (1708), *El triunfo de los coches* (1617) de Barrionuevo, *El caprichoso en su gusto y la dama setentona* (1620), *Los sirvientes de Madrid* (1640), *Los casamientos* (1663), *La Viuda* (1691), *Los coches de Benavente*<sup>23</sup> y otros) las figuras femeninas, con una lógica más o menos disparatada se refieren a una serie de ventajas y utilidades que los coches y su uso tienen.

En la primera parte de *El Vizcaíno fingido* de Cervantes encontramos un alegato claro de lo que socialmente podía significar el uso de ese medio de transporte. En la discusión que sobre el uso de los coches mantienen Cristina y Brígida, ésta se refiere a la sensación experimentada cuando se sentaba en uno de dichos coches:

¡Qué linda cosa es ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte a parte, dando rostro a quien y como y cuando quería! Y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban y me veía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas<sup>24</sup>.

La pasión con que en *El triunfo de los coches* defiende doña Hipólita el uso de los coches la lleva a mencionar tales exageraciones que incluso el casamentero Montanches la tildará de hereje. Otros argumentos con los que pretende demostrar las excelencias de los coches coinciden en lo fundamental con muchas de las denuncias que escritores políticos y moralistas hacían sobre su uso

HIPÓLITA.- Pues, ¿no la ha de tener, si es la mejor invención que se ha visto ni hallado después de Adán acá, porque es nave de la tierra y bagaje del cielo?

(23) Respectivamente los números 5, 54, 62, 63, 67, 280 de la *Colección...* de Cotarelo.

(24) *Ibidem*, pág. 24 a.

MONTANCHES.- Calle, calle vuesa merced, que va diciendo herejías...

...

HIPÓLITA.- ... El coche tiene todas las condiciones que ha de tener un amante para ser galán que es ser solícito, sabio, secreto y solo; y si no, dígame vuesa merced si ha habido coche que haya dicho lo que dentro dél se ha hecho. Pues solícito lo es en verdad; pero echarálo de ver vuesa merced, que adonde quiera que lo manden ir va rodando; pues solo mire vuesa merced si lo es, que jamás se ha hallado que coche haya llevado de su parte testigos, y él nos lleva adonde queramos ir y recrea a los cinco sentidos. Él da que vean los ojos, que huelan las narices, que guste la boca y toquen las manos; y, finalmente, él nos lleva por la ciudad en andas; y si vamos al Prado nos sirve de balcón, y si por camino, de galera despalmada, sin velas ni remos, sino con propa y popa, cómitre y forzados<sup>25</sup>.

La Cochera de *El Comisario contra los malos gustos* de Salas Barbadillo hace también un alegato a favor de los coches y como justificación a su desmedido gusto por ellos. Junto a la disponibilidad y discreción antes mencionadas, se alude también a otras ventajas:

Del sol he recibido esta doctrina.  
 En coche sale el sol, y en él se pone,  
 y así los coches son para las damas,  
 pues como el sol tenemos luz y llamas.  
 No quiero yo más gala que ir en coche:  
 él es mi mercader, él es mi sastre;  
 y al fin un salteador de los poblados,  
 que a sus ruedas les ata por despojos  
 atrevimientos de lascivos ojos:  
 el coche a mí me sabe a lo que quiero.  
 Es músico, es galán, es obediente:  
 tanto, que rueda para darnos gusto.

---

(25) *Ibidem*, pág. 212 a.



¿Qué no sabe guisar un coche diestro,  
si hasta los gustos del amor sazona?<sup>26</sup>

La presentación caricaturesca de esa desmedida pasión femenina por el uso de los coches y la consiguiente ridiculización de las figuras pueden ser consideradas como una crítica, probablemente más eficaz que las denuncias de los moralistas, de una moda extendida y duradera en la sociedad española de los Austrias. Pero, además, en el entremés aparecen a veces argumentos que no difieren mucho de los que utilizaban escritores políticos de la época (hemos mencionado alguno en este mismo capítulo). En *El triunfo de los coches* de Barrionuevo, don Beltrán, que ha sido elegido como esposo por doña Hipólita precisamente porque posee coche, se deshace de él y razona así su decisión:

... y sepa vuesa merced que el coche es una necesidad fundada en honra, y un símbolo de ingratitud, y al cabo de poco tiempo que uno le tiene, cuando más descuidado está se trastorna y mata al dueño. Mas que los coches no se hicieron sino para las personas reales y caballeros grandiosos de la Cámara, que tienen con qué sustentarlos, y no para personas que dejen de comer ellos y sus familias, y venden sus haciendas para tenerlos, y no viven de otra cosa sino de enfermar las almas, y son polilla de la hacienda y una segunda cruz del matrimonio<sup>27</sup>.

También en algún entremés se menciona el lujo con que estaban hechos algunos coches. En *La Condesa* de Juan de Alarcón se describen algunas de las partes del coche y sus características o calidad: coches de cuatro o seis ruedas, con estrado de barro de Talavera, tarimas de azulejos con historias amorosas, doradas almohadas de Portugal, braseros perfumes y otros sibaritismos por el estilo<sup>28</sup>.

La abundancia de coches, sobre todo en la Corte, es también frecuentemente aludida por algunos entremeses. En *El Prado de*

---

(26) *Ibidem*, pág. 265 a.

(27) *Ibidem*, pág. 211 b.

(28) *Ibidem*, pág. 239 b.

*Madrid y Baile de la Capona* se desarrolla un jocoso diálogo entre doña Julia y doña Tomasa respecto de este hecho que con hiperbólicas consideraciones propician una fácil comicidad:

- JULIA.- Por allí viene un coche, ciento, mil.
- TOMASA.- ¿Cómo mil? Sin duda estás borracha:  
uno veo no más.
- JULIA.- Yo mil millones,  
que en este Prado es justo que repares  
no entran con unidad sino a millares.  
Este Prado es común a los casados  
deleite es de maridos y mujeres<sup>29</sup>.

Podemos considerar que las referencias que en este trabajo hemos dado a propósito de la abundancia de coches en la España de los siglos XVI y XVII y en relación a problemas sociales, morales o económicos que dicha abundancia plantea, sin ser muy abundantes, resultan suficientemente orientativas de que estamos ante una situación percibida y sentida como conflictiva por una parte importante de la sociedad española de la época. La utilización literaria de esta situación fue abundante, según hemos apuntado en este mismo apartado (literatura picaresca, comedias, etc.). El entremés, tan atento siempre a la realidad cotidiana y consciente de las posibilidades cómicas que un motivo como éste ofrecía, no podía desaprovechar semejante ocasión. Creemos que en el tratamiento cómico literario de un asunto como éste de la pasión por los coches podemos percibir posiblemente con claridad lo que en expresión de M. Chevalier constituye la "risa cómplice", en el sentido de que la gente se divierte y se ríe de cosas que de alguna manera,

---

(29) *Ibíd.*, pág. 296 a. A propósito de un pasaje del *Quijote* de Cervantes y refiriéndose a la mujer de Sancho y a sus alusiones al uso de los coches, Rodríguez Marín hizo un estudio (incluido en su ed. de la obra. vol. VII, parte II, cap. L) con abundante erudición sobre la pasión y el entusiasmo que suscitaron los coches en el Madrid de finales del siglo XVI y gran parte del XVII.

individual o socialmente, le afectan. En todo caso, y pensando que esta afirmación pudiera resultar poco precisa y difícilmente demostrable, podríamos matizarla manifestando que los ingredientes cómicos que una sociedad percibe en un texto literario se pueden potenciar con la referencia a situaciones con las que esa comunidad está familiarizada.

Tenemos, pues, que existe un hecho social constatable en la sociedad barroca española: la desmesurada afición por los coches y lo que se considera un número excesivo de dicho medio de transporte o diversión y entretenimiento. Comprobamos también que este hecho aparece en algunas muestras de la literatura entremesil que estamos estudiando. La cuestión que podemos plantearnos nosotros en este momento es la de en qué medida el entremés refleja ese problema social concreto. Además, podemos cuestionarnos también sobre la posible funcionalidad (consciente o inconsciente) con que se hacían o recibían estas singulares muestras literarias.

Por lo que podemos deducir de los abundantes textos políticos, morales y también legales de la época, la literatura entremesil sintoniza bien, en términos generales, con el ingrediente ambiental de la pasión por los coches. La pretensión cómica característica de este subgénero dramático propiciará la aparición de rasgos básicamente literarios en el tratamiento de la realidad. Entre esos rasgos literarios creemos que es primordial el de la exageración caricaturesca con que presenta y distorsiona tanto figuras como situaciones. La ridiculización consiguiendo proporcionaría indudables efectos cómicos que divertirían al público en general. Y como sucede que la distorsión y exageración con que el entremés suele presentar defectos o vicios son tan manifiestas y tan poco "realistas", difícilmente podía nadie sentirse aludido o identificado en las situaciones o figuras que presentaba este tipo de literatura cómica. Es decir, estaríamos ante una denuncia o una crítica muy tenues. Otra cosa distinta sería el considerar que la caricatura y presentación ridícula de

determinados comportamientos pudiera resultar una forma más eficaz de luchar contra dichos comportamientos que normas o pragmáticas reales.

Nos viene a la memoria en este momento la valoración que Pedro Salinas hace a propósito de la función social que el esperpento de Valle Inclán puede encerrar. Un cierto paralelismo pienso que puede establecerse entre la distorsión con que el entremés presenta este asunto de la pasión cocheril y la caricatura de algunos tipos y motivos que aparecen en los esperpentos de Valle Inclán:

Si las tachas de la vida española son la ramplonería, la venalidad, la ignorancia, el soldadote entrometido, como se aparece a algunos, desde Larra hasta los críticos del 98, ¿qué mejor castigo de esas plagas que deformar a sus autores, exponerlos en su fantochesca verdad, ante el espejo del esperpento? Y entonces resultará que el espejo deformador no es un ingenio para hacer reír y sí una máquina de moralidad, un artificio de desenmascarar que, aplicado a los culpables, les arroje a la pública vergüenza, sentenciados al escarnio. Lo esperpéntico es modo de escarmiento. Y su autor, que lucía antes cínicamente entre princesas sus alardeos de inmoralidad, profesó de moralista, el gran moralista del modernismo. Extraño moralizador sin sermón ni sentencias, tanto que casi nadie le nota que lo es, que sus fantoches obran de ramales de disciplina; y el mundo del esperpento es gesticulante aviso, y enseñanza de extrañados<sup>30</sup>.

JUSTO FERNÁNDEZ OBLANCA

Universidad de León

---

(30) "Significación del esperpento o Valle Inclán, hijo pródigo del 98" en *Literatura española siglo XX*, Madrid, Alianza, 1970, págs. 113-114.